



gelo y Demonte, 2022, pp. 24-25).

La descripción de los sitios de investigación, los barrios populares de AMBA y AMGR es minuciosa; los mapas, fotos y testimonios nos transportan a los territorios, la gente y su propio extrañamiento ante la inmensidad de la ola no solamente de la enfermedad sino también del despliegue amenazante de las manifestaciones de discriminación social incrementada por el miedo a enfermar y morir. Metodológicamente, las autoras combinan técnicas de investigación cuantitativas orientadas al seguimiento de la situación social y sanitaria, con métodos etnográficos centrados en la vida cotidiana de los barrios durante el confinamiento. Configuran de este modo investigación en pandemia en tiempo real con modalidades que introducen elementos propios de la investigación acción participativa como la elaboración de cartografías sociales y la colaboración de investigadores/as comunitarios/as. La etnografía entendida como “una narración descriptiva, mediada teóricamente, de las perspectivas nativas, locales, subalternas del hecho social en estudio” (Mastrangelo y Demonte, 2022, p. 27), en este caso la pandemia y el confinamiento, permite reconstruir la experiencia de las y los habitantes de los barrios populares para quienes las medidas de prevención se interpretaron en términos de biopolítica, sin perspectiva de género ni de clase, y con mayor presencia de fuerzas de seguridad y violencia institucional, aun cuando sí se reconoce la ayuda financiera del gobierno nacional y las derivaciones del programa Detectar. La narración etnográfica permite a su vez develar las prácticas locales construidas, según las autoras, “sobre la base de la identidad, la solidaridad y el cuidado”, las que, afirman, “en la periferia del capitalismo avanzado, han reorganizado la vida cotidiana ante la excepcionalidad del exterminio” (Mastrangelo y Demonte, 2022, p. 32). La organización popular al comienzo de la pandemia se nucleó alrededor del abastecimiento de alimentos, y de ella resultó, concluyen las autoras, la creación de los comités de crisis en muchos barrios, los que ampliaron la demanda a mejoras de infraestructura y acceso a derechos en los territorios en interlocución con el estado.

Además de las interpelaciones teóricas y metodológicas alrededor del proceso de salud, enfermedad, atención-cuidados, el libro contribuye con el sostenimiento de la memoria colectiva. En sus páginas también se expresa la resistencia al olvido de las graves y tristes situaciones de violencia padecidas en los barrios populares y exacerbadas en el Gran Toba de Resistencia, cuya emergencia se manifiesta condensada en las palabras de un funcionario de la policía de la provincia de Chaco, quien dice: “indios infectados, hay que matarlos a todos” (Mastrangelo y Demonte, 2022, p. 68). Y se concreta en la violentación del hogar de una familia qom, al que un grupo de agentes policiales ingresa sin orden judicial, en horas de la madrugada, golpea ferozmente a cuatro adolescentes, les disparan, les secuestran y les trasladan a la comisaría, donde les torturan, violan y amenazan de muerte, bajo la supuesta acusación de apedreo de la sede policial. Y continúan las autoras,

de acuerdo con testimonios presentados a la Mesa Multisectorial Feminista:

Una de las víctimas estaba durmiendo, hasta que la sobresaltaron los tiros. Alcanzó a cobijar a sus hijos hasta que todos fueron trasladados a la comisaría, donde la tortura grupal consistió en la amenaza de rociarlos con alcohol, para luego disputar entre los efectivos policiales quién se atrevía a prenderlos fuego (Mastrangelo y Demonte, 2022, p. 68).

En AMBA, donde se condensa la desigualdad social del país, las autoras apuntan que las villas representan el 7% de la población de la capital federal y contribuyen en 2020 con el 40% de los casos de COVID y mayores tasas de mortalidad a pesar del predominio de población joven. El hacinamiento y la falta de agua potable son señaladas como decisivas en la desigualdad de oportunidades para enfermar y los modos de vivir el confinamiento, configurando situaciones de distintos tipos de violencia, estructural, institucional y de género. Pero en estos contextos socialmente disruptivos, las villas se organizan para sobrevivir a la pandemia; desde la Villa 21-24 se afirma: “mientras en la tele nos llaman la villa más peligrosa de toda la ciudad, desde acá resaltamos los valores de la organización popular” (Mastrangelo y Demonte, 2022, p. 85). Al mismo tiempo su Comité de Crisis y Junta Vecinal exigen: “nuestros derechos, nuestras vidas no están en cuarentena. Luz y agua para todos. Sin luz, sin agua y con hambre no hay cuarentena” (Mastrangelo y Demonte, 2022, p. 88).

Según la descripción de las autoras, el barrio Mugica es uno de los lugares de residencia del personal doméstico y de seguridad que trabaja en los departamentos de Recoleta de la Ciudad de Buenos Aires. Su población es de origen diverso, migrantes de otras provincias del país, de países limítrofes y en menor medida de Colombia, Venezuela y Senegal. Los problemas más acuciantes son el suministro regular de electricidad y agua, la conexión de gas y las cloacas. Entre los múltiples desafíos que impone la pandemia y el confinamiento, se encuentra el abastecimiento de más de 60 ollas populares, comedores y merenderos para responder a la triplicación de la demanda. Al respecto, las autoras observan “una red de contactos con organizaciones del Estado (Ministerio de Desarrollo Social), sindicatos, fundaciones, iglesias, donaciones privadas, partidos políticos, clubes de fútbol, asociaciones comunitarias, organizaciones no gubernamentales y el aporte de negocios barriales y vecinos” (Mastrangelo y Demonte, 2022, p. 140). Muchas cocineras, vecinas del barrio, contrajeron la COVID y algunas como Ramona Medina de la organización La Poderosa perdieron la vida debido a las vulnerabilidades específicas incrementadas por la falta de agua y déficits en la condición de salud.

La propuesta consiste en descolonizar la pandemia, algo que aparece muy claro en las declaraciones de los medios locales citados como Infoqom que titula en mayo de 2020 “Nosotros no trajimos el virus” y testimonia:

...Acá como en varios lugares están culpando a los sectores más vul-



nerables y a los hermanos originarios de propagar el virus de manera imparable para los expertos en la materia, sabiendo aún toda la sociedad que este virus lo trajeron en avión... (Mastrangelo y Demonte, 2022, p. 183).

La culpabilización del pueblo Qom señalada por las autoras, expresa la moralización del proceso de salud y enfermedad reconstruida sobre la etnicidad, volviéndose así doblemente peligrosa, histórica, atávica. Renace con cada epidemia, como la del cólera de la década del 90 del siglo XX, especialmente si es capaz de atravesar las fronteras entre los países, las clases sociales, las identidades étnicas, las diversidades de género y las diferencias generacionales. La violencia colonial religa lo local a lo global, la incertidumbre adjudicada a la caída de los grandes relatos de la modernidad parece conservar en la biomedicina un lugar donde la certeza continúa siendo alojada. Como dice Rosana Guber (1999) a propósito de la antropología,³ Mastrangelo y Demonte vuelven a traer el estudio de aquellos pueblos o barriadas en este caso, situadas por fuera del proyecto moderno, del progreso, de la ciencia y la tecnología, y también de la explicación positivista de la pandemia y su fundamentación de las medidas sanitarias. El libro contiene los objetos de la mirada antropológica en el nuevo contexto de la pandemia/sindemia, las migraciones internas, la etnicidad, las relaciones con la sociedad nacional, la dimensión política de los márgenes, por fuera de la modernidad y el progreso tecnológico. Con el foco en las y los indígenas, mestizos/as, las/os del interior, las sangres negadas, los cabecitas negras, los villeros y villeras, el libro de Mastrangelo y Demonte se inscribe en el linaje antropológico para revisar la explicación epidemiológica hegemónica.

Las y los villeros, herederos del cabecita negra como señala Guber (1999), son el objeto del racismo criollo que se reactualiza con la pandemia. La gente del país negado como dice Ratier (1971), es sitiada en los barrios como el Gran Toba en Chaco o Villa Azul en Buenos Aires, donde se construyen cercos perimetrales a los que paradójicamente se nombra como cordones sanitarios. La pandemia impacta de manera desproporcionada en los dos polos del camino migratorio, villeras y villeros se reencuentran con indígenas y paisanos y así comparten el carácter de amenaza para la sociedad nacional, urbana, moderna, blanca. Pero *Quedan 15 días de cuarentena* de Mastrangelo y Demonte nos tranquiliza, el registro etnográfico viene nuevamente a cuestionar las categorías de la sociedad occidental, a recordar la imbricación de lo rural en lo urbano, de lo tradicional en lo moderno, y a denunciar que las bases de la explicación de la pandemia/sindemia son la desigualdad y la violencia.



³ Guber, R. (1999). "El Cabecita Negra" o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina. *Revista de Investigaciones Folklóricas*, Volumen 14, 108-120. <https://www.equiponaya.com.ar/ifa/publicaciones/RIF14.pdf>.